

La práctica médica en los textos quirúrgicos españoles en el siglo XVIII

JOSÉ LUIS FRESQUET FEBRER (*)

BIBLID [0211-9536(2002) 22; 251-277]

Fecha de aceptación: Enero 2002

SUMARIO

1.—Introducción. 2.—La cirugía y los cirujanos españoles en el siglo XVI. 3.—La formación del cirujano. 4.—Los procedimientos quirúrgicos. 5.—La práctica cotidiana. 6.—Epidemias y casos clínicos. 7.—El uso de la materia médica. 8.—Actitud hacia los aspectos mágicos y creenciales. 9.—Aspectos de tipo ético.

RESUMEN

En este trabajo se pretende mostrar que los textos escritos por los médicos cirujanos españoles del siglo XVI contienen abundante información sobre la práctica quirúrgica cotidiana. Estos datos, que habitualmente se han despreciado, unidos a los que se pueden obtener de otras fuentes, pueden ayudarnos a comprender mejor cómo se desarrolló uno de los aspectos de la práctica médica. Los textos que aquí se analizan son los de Daza Chacón, Juan Fragoso, Juan Calvo y Pedro Arias de Benavides.

Palabras clave: Práctica médica, médicos-cirujanos, España, siglo XVI.

Keywords: Medical practice, physicians-surgeons, Spain, 16th century.

(*) Profesor titular de Historia de la Ciencia, Universitat de València. Blasco Ibáñez, 15, 46010 Valencia. E.-mail: Jose.fresquet@uv.es

1. INTRODUCCIÓN

Habitualmente nuestros trabajos historicomédicos han estado alejados del tema de la práctica médica. Sin embargo, el acercamiento a la obra de los cirujanos españoles del siglo XVI ha despertado nuestra atención en lo que se refiere a los interesantes datos que proporcionan en sus textos, pues trascienden ampliamente los saberes médicos y quirúrgicos de una época. ¿Pueden enmarcarse éstos en la práctica médica y quirúrgica? Sinceramente creo que sí. Nosotros solemos hablar siempre de los «saberes», por un lado, y de «la práctica» por otro y, aunque puedan estudiarse por separado de forma abstracta, en la realidad permanecen unidos. Por tanto, un estudio pormenorizado de estas obras que no desprecie la información que habitualmente suele considerarse como secundaria, puede llevarnos a recoger valiosísimos datos acerca de la realidad cotidiana en sentido amplio. Este trabajo pretende llevar a cabo esta tarea a través de una selección de obras, en unas pocas obras que pueden considerarse como representativas de la cirugía española del siglo XVI. De ella se han extraído noticias significativas que se han agrupado en una serie de rótulos generales desde nuestro actual punto de vista.

2. LA CIRUGÍA Y LOS CIRUJANOS ESPAÑOLES DEL SIGLO XVI

Recordemos que la cirugía europea del siglo XVI se apoyó ya en la nueva anatomía, pero siguió siendo básicamente empírica. El cirujano estaba separado social y profesionalmente del médico universitario. La situación en Italia y España fue, como sabemos, distinta. Algunas universidades tenían cátedras de cirugía y, junto a los cirujanos propiamente dichos, existieron médicos titulados que se consagraron a la práctica quirúrgica. Las principales figuras españolas de la época que han sido estudiadas, tuvieron dicha formación y desarrollaron su actividad en tres escenarios: en las propias universidades, en los ejércitos y en los hospitales (1).

(1) LAÍN ENTRALGO, Pedro. *Historia de la medicina moderna y contemporánea*, 2.^a ed., Madrid-Barcelona, Editorial Científico-Médica, 1963.

Así, el quehacer quirúrgico alcanzó un desarrollo nada despreciable en España durante este periodo. Se habla de dos generaciones de cirujanos (2): la de comienzos de la centuria, que publicó sus obras en la ancianidad, como Daza Chacón, Arceo y Andrés Alcázar, y la de los nacidos durante la década de los treinta, formados en el galenismo humanista y reforma vesaliana, entre los que cabe destacar a Bartolomé Hidalgo de Agüero, Francisco Díaz, Juan Fragoso y Juan Calvo.

Andrés Alcázar fue catedrático de la disciplina en Salamanca y uno de los más destacados cirujanos universitarios. Perfeccionó la práctica de la trepanación e ideó nuevos instrumentos para ejecutarla. Su obra lleva como título *Chirurgiae libri VI* (Salamanca, 1575).

Representante de la cirugía militar fue Dionisio Daza Chacón. Se formó en Valladolid y Salamanca y ejerció en los ejércitos del emperador Carlos y, más tarde, en la corte de Felipe II. Las numerosas guerras de la época le permitieron reunir una amplia experiencia que resumió al final de su vida en el tratado *Práctica y Theorica de Cirugía en romance y latín* (Valladolid, 1582-95). Describió numerosos casos clínicos, seguidos, a veces, de autopsia. Tuvo clara conciencia de la superioridad del cirujano con formación académica, frente a los meros empíricos.

Del segundo grupo destaca Bartolomé Hidalgo de Agüero cuya aportación más singular fue la llamada «vía particular desecante». Consistía en la cura por primera intención de las heridas por arma blanca, pudiéndose encuadrar en los métodos que se opusieron a la doctrina del «pus loable». Para demostrar sus ventajas utilizó una primitiva estadística basándose en los datos recogidos de su experiencia en el Hospital del Cardenal, de Sevilla. Sus obras se editaron después de su muerte, bajo el título de *Thesoro de la verdadera cirugía y vía particular contra la común* (Sevilla, 1604).

Francisco Díaz escribió sobre las enfermedades de los riñones y de las vías urinarias (Madrid, 1588) el *Tratado nuevamente impresso, de todas*

(2) LÓPEZ PIÑERO, José María. *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979.

las enfermedades de los riñones, vexiga, y carnosidades de la verga y urina. Este libro es considerado como el punto de partida de la urología moderna.

Juan Fragoso nació en Toledo en 1530 y murió en Madrid en 1597. Realizó sus estudios en la Universidad de Alcalá, donde se graduó de bachiller en 1552. Ejerció la profesión en Sevilla hasta finales de 1570, fecha en la que, por el prestigio que llegó alcanzar, fue reclamado en Madrid como cirujano de cámara de la reina Ana y después de Felipe II. Publicó en 1570 unos *Erotemas quirúrgicos*, que contenían «todo lo más necesario del arte de la cirugía». Mucho más tarde, preparó lo que sería su obra de madurez: la *Cirugía Universal*. Tuvo varias ediciones en las que el autor fue incorporando nuevas experiencias y conocimientos (Madrid, 1586; Alcalá, 1592; y Madrid, 1596). El índice refleja una intención compiladora y de síntesis, semejante a otras publicadas en la misma época. La parte más voluminosa la dedica a la cirugía. Incluye también un *Antidotario de medicamentos compuestos*. Añadió más tarde una *Suma de proposiciones de Cirugía, que el licenciado Fragoso enseña, contra unos avisos, que imprimió un Doctor de esta facultad el año de 1584*, un *Tratado segundo de las declaraciones que han de hacer los cirujanos, acerca de muchas enfermedades, y muchas maneras de muertes que suceden*, un *Tratado de los aforismos de Hipócrates, tocantes a la Cirugía, con una breve exposición sobre cada uno de ellos*, otro sobre la *Naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples* y un *Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones, vexiga, y carnosidades de la verga y orina, y de su cura*.

Mención especial merecen los capítulos correspondientes a las heridas o llagas frescas. También es muy significativo el *Tratado segundo de las declaraciones...*, obra médico-legal de Fragoso, que ha sido especialmente estudiada por Antonio Carreras (3). De su *Antidotario* lo que más llama la atención es la presencia de productos obtenidos mediante procedimientos alquímicos («quintaesencias» y «aguas»), lo que denota en Fragoso una actitud abierta hacia la alquimia. El que lleva por título

(3) CARRERAS PANCHÓN, Antonio. Juan Fragoso en la historia de la medicina legal. In: *La obra de Juan de Villarreal y otros estudios histórico-médicos*, Salamanca, Universidad, 1978, pp. 25-44.

Naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples (4), contiene la descripción de un total de 544 productos tanto vegetales, como animales y minerales, o derivados de éstos, que ya estaban en uso desde hacía tiempo, así como los que recientemente se habían incorporado a la terapéutica.

Muy interesante por su riqueza en noticias es su obra *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales... que se traen de la India Oriental* (5) (Madrid, 1572). Este texto, de título confuso, se basa en la obra de Garcia da Orta (al que no cita) en lo relativo a productos que proceden de Oriente, y en la obra de Monardes (al que tampoco cita) en el medio centenar de productos procedentes de Nueva España o Indias Occidentales. Menciona, no obstante, algunas plantas no estudiadas por éste y cuya información recoge de Oviedo, Clusius o Plaza. Este libro fue traducido al latín y publicado en Estrasburgo en dos ocasiones.

Juan Calvo (6) desarrolló su actividad en Valencia, cuya universidad fue de las primeras de Europa que contó con una cátedra de cirugía. La enseñanza quirúrgica gozaba ya de cierta tradición en esta ciudad, puesto que su lectura data de 1462 en que fue creado un *Estudi* de este arte o disciplina a instancias de un grupo formado por el gremio de barberos y cirujanos, que desde hacía años venía reivindicando la necesidad de una preparación más rigurosa. El prestigio que llegó a alcanzar este centro dio lugar a que en 1478 obtuviera un privilegio real para diseccionar cadáveres y que desde 1486 se hiciera obligatorio haber cursado cinco años para poder ejercer como cirujano. Por tanto, las constituciones de la Universidad de 1499, no hicieron más que incorporar a los planes de estudio de la futura Universidad esta formación quirúrgica. Llegaron a impartir clases de la materia muchos profesores, porque esperaban poder acceder a otras cátedras mejor remuneradas. Entre

(4) Hemos utilizado la edición de 1666 impresa en Madrid por los herederos de Pablo de Vals.

(5) Para más detalles de esta obra véase FRESQUET FEBRER, José Luis. *Juan Fragoso y los Discursos de las cosas aromáticas... (1572)*, Valencia, Universitat, 2002.

(6) Sobre Juan Calvo y su obra quirúrgica, véase FRESQUET FEBRER, José Luis. *La «Cirugía Universal y Particular» (1580) de Juan Calvo. Análisis de texto y estudio de las referencias*, Valencia, tesis de licenciatura, 1979.

éstos hubo personas de gran prestigio como Miguel Juan Pascual, Pedro Jaime Esteve, Luis Collado, etc. Aunque apenas sabemos de su vinculación con la Universidad, la figura de Juan Calvo es bastante representativa de lo que fue la cirugía en Valencia durante este periodo. De sus dos obras publicadas, *La Cirugía Universal* (Sevilla, 1580) contiene escasas innovaciones y, por lo tanto, no tiene gran significado si se la compara con otras de sus contemporáneos que, por el contrario, sí supieron ser más creadores e innovadores. Sin embargo, la consideramos imprescindible para comprender el periodo de la medicina renacentista española y conocer mejor las pautas y procedimientos curativos con detalles sorprendentes. En definitiva, la intención de Calvo no iba más allá que la de construir un libro útil y didáctico para los cirujanos «romancistas» y con pocas posibilidades de acceder a tratados de mayor envergadura. Una buena medida del éxito que tuvo su obra es el número de ediciones que alcanzó: doce completas en castellano y dos parciales en francés (7).

Hemos de incluir aquí a otro cirujano representativo de aquéllos que tenían «experiencia americana», es decir, a la constituida por el grupo de cirujanos que marchó a ejercer a los nuevos territorios conquistados. Nos referimos a Pedro Arias de Benavides (8). Debió nacer en Toro a comienzos de la década de los veinte del siglo XVI y formarse en Salamanca aunque, de momento, no poseemos datos que nos permitan afirmar que estudiara medicina o se formara junto a un cirujano. Esto último es, quizás, lo más probable; incluso puede que recibiera formación teórica de forma privada o que asistiera a algunas clases de medicina. Más tarde, entre 1545 y 1550 marchó al continente americano con estancias breves en Santo Domingo, Honduras, Guatemala y

-
- (7) Se imprimió por vez primera en Sevilla en 1580. Después en Barcelona en 1591 y 1592. En Valencia en 1599. En Madrid en 1626. En Perpiñán en 1636. De nuevo en Valencia en 1647 y en Madrid en 1657 y 1674. Otra vez en Valencia en 1690 y 1703. La parte dedicada a las úlceras se tradujo también al francés y se hicieron dos ediciones, una en Poitiers en 1614 y otra en Rouen en 1656. Es decir, casi siglo y medio después de haber sido escrita, seguía siendo de gran utilidad para los cirujanos.
- (8) FRESQUET FEBRER, José Luis. *Experiencia americana y terapéutica en los «Secretos de cirugía» (1567), de Pedro Arias de Benavides*, Valencia, IEHDC, 1993.

México. Regresó a España sobre 1564. Se estableció en Toro y allí redactó su única obra (*Secretos de cirugía*), que se publicó en Valladolid en 1567.

Hay que tener en cuenta que, como ya señaló Granjel (9), el quehacer curador no sólo estuvo en manos de médicos con título y cirujanos autorizados por el Protomedicato o las cofradías. También ejercieron la lucha contra la enfermedad tanto en ciudades como en entornos rurales empíricos especializados en cometidos concretos, así como personas cuya actividad quedaba inmersa en la del mundo empírico-creencial (quizás más creencial que empírico). Lamentablemente, escasean las fuentes que nos permitan estudiar este fenómeno con mayor profundidad.

Para la realización de este trabajo hemos utilizado las obras de Dionisio Daza (10), Juan Fragoso (*Cirugía* (11) y su *Discurso de las cosas aromáticas* (12)), Juan Calvo (13) y Pedro Arias de Benavides (14). Es nuestra intención trabajar en el futuro los textos del resto de autores mencionados así como los de otros menos conocidos y estudiados.

¿Por qué son interesantes las obras que estos cirujanos escribieron y que en un principio pueden resultar terriblemente farragosas a los que a ellas se acercan en la actualidad?

-
- (9) GRANJEL, Luis S. *Medicina española del Renacimiento*, Salamanca, Universidad, 1980.
 - (10) DAZA CHACÓN, Dionisio. *Práctica y Teórica de Cirugía en romance y en latín...* Valencia, a costa de Carlos Mace, Francisco Duarte y Claudio Mace, 1673 (primera edición, Valladolid, 1583).
 - (11) FRAGOSO, Juan. *Cirugía universal ahora nuevamente enmendada y añadida en esta sexta impresión...* Alcalá, en casa de Juan Gracián, 1608 (primera edición de 1581).
 - (12) FRAGOSO, Juan. *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales, y de otras muchas medicinas simples que se traen de la India Oriental...* Madrid, en casa de Francisco Sánchez, 1572.
 - (13) CALVO, Juan. *Cirugía universal y particular del cuerpo humano...* Madrid, 1674. La primera edición se publicó en Sevilla en 1580.
 - (14) ARIAS DE BENAVIDES, Pedro. *Secretos de cirugía...* Valladolid, en la oficina de Francisco Fernández de Córdoba, 1567.

Veo en ello tres razones:

1) Estos autores, como cirujanos, representan lo que Laín (15) llamó «mentalidad quirúrgica», caracterizada por una actitud nosológica, diagnóstica (el cirujano debe atenerse a lo que los ojos ven y las manos pueden tocar) y terapéutica (necesidad de hacer algo en beneficio del enfermo aún en los casos de mal pronóstico. La no resignación ante enfermedades que parecen incurables). Esta diferencia se acentúa en la Edad Media y durante el Renacimiento se hace aún más llamativa, prolongándose, incluso, hasta el siglo XIX aún con la unificación de títulos.

2) El paso a primer plano de la «experiencia» en el momento de actuar. Desvinculación parcial y superación de las opiniones de los clásicos que se hizo, por lo general, anteponiendo la experiencia al criterio de autoridad, entendiendo comúnmente aquélla como la enseñanza procedente de la práctica o la vivencia personal. Fue característica del Renacimiento tomarla como base para organizar la relación del individuo con el mundo. Los ojos y las manos eran los instrumentos de que se valía el hombre para conquistar el saber de las cosas. En las obras de estos cirujanos —en unos más que en otros— puede captarse su percepción de las cosas y una reflexión inmediata que, unido a la pericia adquirida y a los conocimientos transmitidos y convenientemente valorados, podrían ser norma de acción. Con la adecuada perspectiva muchos pasajes resultan hoy más etnográficos que terapéuticos.

3) El momento histórico y social fue el adecuado para que quizás algunos cirujanos (el caso español, desde luego) se sintieran «superiores» a los médicos. Como se dice en el escrito hipocrático *Sobre las articulaciones* (L. IV, 188): «Cosa vergonzosa son en medicina el mucho aparato y el mucho hablar sin hacer nada útil». Estos profesionales debieron ser admirados y útiles a los distintos sectores sociales por dar solución a problemas «muy visibles y evidentes». Los cirujanos fueron más asiduos y menos remilgados junto a los enfermos que los doctores latinoparlantes. Como señala Laín, llegaron a desplazarles casi por

(15) LAÍN ENTRALGO, nota 1.

completo en el tratamiento de las enfermedades venéreas y en las epidemias de peste, sobre todo entre las clases humildes (16).

Por tanto, las obras quirúrgicas contienen a mi parecer interesantes aportaciones merecedoras de una justa consideración en el terreno de la práctica médico-quirúrgica. Las hemos agrupado en una serie de epígrafes.

3. LA FORMACIÓN DEL CIRUJANO

Buena parte de los textos que escribieron los cirujanos de este periodo contienen libros o capítulos dedicados a acotar qué es cirugía, cuáles son los cometidos de los cirujanos, qué deben éstos aprender y en qué orden, y con qué utensilios y remedios deben curar. Las obras de Calvo y Fragoso se refieren a estos puntos de forma menos pormenorizada a como lo hace Daza en la suya. Puede esto apreciarse en el libro *Prefacion de la cirugía, en la cual se muestra esta ciencia ser la mas antigua, la más noble, la más cierta y difícil de cuantas hay*, y de forma especial en los últimos epígrafes. Lo que expone es una síntesis de lo que otros autores han dicho al respecto (el aparato crítico es impresionante), junto con las propias ideas. Muy brillante es el capítulo noveno: «De las condiciones generales, y costumbres particulares que el buen cirujano ha de tener». Daza es muy claro en cuanto a que el cirujano es el verdadero médico:

«... porque los que curan sólo con la dieta, y sangrar y purgar, su propio nombre es Físicos... y aún así lo llaman hoy en muchas partes de nuestra España. Y los que propiamente son médicos, y merecen este nombre, son los que saben las primeras dos partes de la medicina dichas, y la tercera que es la cirugía; que también, y tan perfectamente está obligado un buen Cirujano a saber las primeras dos partes de este arte, como está obligado a saber la tercera... De manera que el buen

(16) LAÍN ENTRALGO, nota 11, pp. 100-101. Véase también LÓPEZ TERRADA, María Luz. El mal de siment en la Valencia del siglo XVI: Imágenes del morbo gallico en una ciudad renacentista. *Dynamis*, 1991, 11, 119-146.

Cirujano es el verdadero Médico, y de razón así los habían de llamar...» (17).

En otro pasaje dice:

«Muy poco me deleitan los Médicos que demasíadamente se entretienen en la Filosofía natural, y no llegan al remedio de los rendidos a la enfermedad. Acaéceles a estos lo que a las higueras locas, que convidan con su verdor y frescura a cualquiera que las mira, y llegados a ellas, por su esterilidad las maldice» (18).

Queda clara, por tanto, la conciencia de que la cirugía era superior en ese momento a la medicina. Pero, ¿qué debe aprender el cirujano? Cuenta Daza que cuando fue examinador vio a muchos «cirujanos romancistas» dotados de grandes habilidades pero con poca formación, que atribuye a la falta de libros y de libros en castellano. Éste es precisamente uno de los motivos que le impulsaron a escribir el suyo.

La preocupación de que los cirujanos debían estar bien instruidos y formados es, incluso, obsesivo. En otro lugar podemos leer lo que le contó Vesalio. Nos referimos al accidente que sufrió Enrique II en los días que se celebraba la paz que firmó con Felipe II tras vencer éste en San Quintín. Enviaron a buscar a Vesalio a Flandes, donde se encontraba el rey. Se reunieron médicos y cirujanos franceses, el propio Vesalio y cirujanos españoles. Daza pone especial énfasis en la vergüenza que pasaron estos últimos cuando se les pidió su opinión porque su latín era bárbaro, usaron mezcla de romance y portugués; el resto «quedaron tales que, ni sabían si lo veían, ni si lo soñaban, porque con verlo no lo creían». Este suceso le provocó —según dice— una crisis que casi le llevó a abandonar la cirugía. De esto concluye una recomendación a los de su profesión: trabajo y estudio, aún en romance «porque lo que hace al caso es entender el negocio, y conocer la enfermedad, y aplicarle a tiempo el conveniente remedio, y esto sea en la lengua que quisiere» (19).

(17) DAZA CHACÓN, nota 10, pp. 23-24.

(18) DAZA CHACÓN, nota 10, prólogo.

(19) DAZA CHACÓN, nota 10, p. 175.

Ese es el hueco que pretende cubrir Daza con su publicación. Considere su obra más útil que las traducciones de Guy de Chauliac y de otros autores porque «además de la aspereza del lenguaje, y poca fidelidad del intérprete hacen dudosa y peligrosa la doctrina...».

Sin embargo, si se quiere tener una idea cabal de los conocimientos que se consideraba que debían tener los cirujanos hemos de recurrir a los textos de Juan Calvo (20). Es un excelente ejemplo de libro didáctico que contiene todo lo necesario. El primer libro que forma la obra, «Definición de las cosas naturales, no naturales y preternaturales», por ejemplo, es un magnífico resumen de la «fisiología y patología general» de la época que demuestra la extraordinaria capacidad de síntesis. Aún hoy es útil para los que quieran adentrarse y comprender el complejo mundo de las doctrinas galénicas de la época. Otro ejemplo lo constituye el «Libro de Anatomía», redactado cuando el galenismo humanista se encontraba ya en una profunda crisis en el ambiente médico valenciano, que se inclinaba de modo cada vez más acusado a planteamientos propios del escolasticismo contrarreformista, pero todavía bajo la poderosa influencia del movimiento vesaliano. A pesar de esto, constituye un texto claro, conciso, muy adecuado para los cirujanos «romancistas». Algo parecido se puede decir de la última parte de la obra dedicada al morbo gálico.

4. *LOS PROCEDIMIENTOS QUIRÚRGICOS*

Una de las características de los libros de cirugía analizados es que exponen con detalle los procedimientos quirúrgicos, es decir, qué debe hacer el cirujano, cómo y con qué instrumentos. Pero van más allá, ya que incluyen también todo lo relacionado con la dieta, tomada ésta en su sentido clásico: ejercicio y reposo, sueño y vigilia, alimentos que debe tomar y los que debe evitar, etc., así como los medicamentos que deben aplicarse. Algunos de los textos que hemos revisado, como el de Frago y Calvo, incluyen antidotarios y libros de simples, que son un complemento indispensable para el manejo de fármacos.

(20) CALVO, nota 13.

La forma de hacerlo difiere de uno a otro. En este sentido, queremos llamar la atención en la obra de Juan Calvo. Su intención pedagógica y los años de experiencia docente de este cirujano —ajena o no a la universidad—, se reflejan en una exposición muy metódica y proporcionada que explica el elevado número de ediciones que llegó a alcanzar.

Las aportaciones más importantes de la segunda mitad del siglo XVI estuvieron relacionadas con el tratamiento de las heridas por arma de fuego y arma blanca, la amputación, la trepanación craneal, la hernia, las operaciones de tipo urológico, la obstetricia y la oftalmología.

Incluso, algunos cirujanos dan noticia de dónde aprendieron estas nuevas técnicas (si se me permite la expresión). Daza, por ejemplo, dice que aprendió la cura de las heridas por arma de fuego de un tal «Micer Bartolomeo» en el campo de batalla de Saint Dossier. ¿Sería, como parece probable Bartolommeo Maggi? Parece que sí.

5. LA PRÁCTICA COTIDIANA

Los textos de los cirujanos que hemos estudiado contienen abundante información sobre lo que podríamos llamar práctica cotidiana. Con el fin de establecer un poco de orden, abordaremos primero el tema en lo que se refiere a los distintos escenarios en los que se desarrollaron, para pasar después a los aspectos generales.

A. *En la corte*

Una constante de estos escritos quirúrgicos es que ilustran con frecuencia el estudio de las distintas enfermedades con casos reales que ellos vivieron o que tomaron de otros. En el texto de Daza aparecen descritos algunos en los que se ve involucrado el autor y que se refieren a la corte. Veamos algunos ejemplos. Cuenta que Felipe II, cuando estaba sitiando San Quintín, vio una criatura abandonada en un arado. La hizo recoger y criar; le llamó Estevanillo. Cuando contaba once años, mientras iba por el Pardo con Juan Pimentel (gentilhombre de cámara de su majestad), cayó y quedó inconsciente largo rato. Fue llamado el

médico de cámara Juan Gutiérrez, quien reclamó los servicios del propio Daza (21).

En la segunda parte de su obra, dedica especial relieve a la «Relación verdadera de la herida de cabeza del Serenísimo Príncipe Don Carlos nuestro señor, de gloriosa memoria, la cual se acabó en fin de julio de 1563» (22). Se refiere a una caída que sufrió, afectado de cuartanas, el 19 de abril de 1562 en Alcalá, bajando una escalera. La cabeza impactó contra una puerta. Dice Daza:

«Llamáronme, y descubrí la herida, presentes don García de Toledo su ayo, y su Mayordomo mayor, y Luis Quixada Caballerizo mayor de su Alteza, y los Doctores Vega, y Olivares Médicos de Cámara, y vi una herida del tamaño de un dedo pulgar, y la circunferencia bien contusa, y descubierto el pericráneo se vio que estaba algo contuso...».

Sigue el relato con todo lujo de detalles e incluye los nombres de los médicos y cirujanos que intervinieron a lo largo del tiempo. Es una historia clínica muy representativa de la época (23).

En el capítulo consagrado al bocio señala que:

«Sólo he curado uno en toda mi vida, y fue por mandato del Príncipe Carlos, de gloriosa memoria nuestro señor, a una mujer de un criado suyo y fue que el bocio por ocasión que tuvo se comenzó a esfacelar, y cuando yo le vi, ya estaba buen rato corrompido, procuré lo primero atajar el esfacelo, y hecho esto, salió cantidad de lo corrompido, de manera que quedó un orificio que cupiera una naranja, comencé por allí a aplicarle cáusticos, y también hicieron su negocio, que en breve tiempo se consumió el bocio que había muchos años que tenía. De manera que ella dio por bien empleado, el riesgo que corrió con el esfacelo, a trueque de quedar sana del papo» (24).

(21) DAZA CHACÓN, nota 10, Segunda parte, pp. 188-189.

(22) DAZA CHACÓN, nota 10. Segunda parte, pp. 190-201.

(23) Véase también el trabajo de HERNÁNDEZ, Justo. Cristóbal de Vega (1510-1573), médico de cámara del príncipe don Carlos (1545-1568). *Dynamis*, 2001, 21, 295-322.

(24) DAZA CHACÓN, nota 10, p. 380.

Parecidas descripciones aparecen en las obras de Fragoso. En el libro dedicado a las heridas, por ejemplo, incluye el capítulo titulado «Historia de la herida del Rey Enrique de Francia, y de lo que sucedió en su cura» (25). Se refiere al accidente en el que se le incrustó un pedazo de lanza sobre la ceja derecha, que acabó produciéndole la muerte al undécimo día. En el mismo libro «buscando entre mis papeles —dice—» cuenta y discute el caso que hemos mencionado de Daza en su obra: el de la herida del príncipe Carlos que sufrió en Alcalá (26).

B. *En el campo de batalla*

La mayor parte de las cosas que describe Daza en su *Cirurgía* proceden de su experiencia en los campos de batalla y de atender a los heridos —nobles o no—, así como de entrar en contacto con médicos y cirujanos de otras partes, como hemos visto. En el prólogo del libro, resume sus andanzas desde 1543 cuando embarcó para Flandes desde Laredo. Relata acontecimientos, batallas, cifras de heridos, salarios, estado de las ciudades y otros detalles. Al hablar de los apostemas pestilenciales, describe cómo en vísperas del día de Santiago del año 1547, cuando Carlos V llegó a la ciudad de Augusta (Alemania), llevando preso al duque de Sajonia, junto a muchos soldados, se declaró pronto una epidemia de peste. El rey ordenó que se buscaran dos casas grandes en las afueras, una para los enfermos alemanes y otra para los españoles, y que se buscaran médicos y cirujanos alemanes y españoles para que los atendieran. De ello encargó al duque de Alba, que hizo llamar al cirujano de su majestad Vicente Sierras (un «buen cirujano de Zaragoza», según Daza). Viendo el «mucho trabajo» y el «peligro» que en ello había, rechazó la oferta; otros hicieron lo mismo. Todos fueron borrados del servicio del rey. Fue entonces cuando llamaron a Daza (27).

Describe, además, con detalle, cómo organizó la puesta en funcionamiento del improvisado hospital y las medidas que adoptaron todos

(25) FRAGOSO, nota 11, pp. 310-311.

(26) FRAGOSO, nota 11, pp. 332-333.

(27) DAZA CHACÓN, nota 10, pp. 464-468.

los que le ayudaron para protegerse de la temida infección (28). El texto refleja la capacidad organizativa de Daza y la facilidad para adoptar medidas con rapidez, que debió ser bastante común en los cirujanos bien formados y con experiencia.

C. *En las campañas de conquista y en las tierras conquistadas*

Aquí debemos mencionar las aportaciones de Pedro Arias de Benavides, quien en su única obra conocida *Secretos de cirugía* nos proporciona abundantes datos sobre las distintas tierras americanas que visitó, las costumbres de los que en ella habitaban así como las de los españoles recién llegados, y de noticias acerca de cómo se ejercía la práctica quirúrgica en el Nuevo mundo.

El libro, como hemos dicho, es una especie de recopilación de experiencias, en el sentido que antes hemos mencionado, vividas por el autor durante su viaje y estancia en el continente americano. Relata, incluso, que haciendo escala en las Islas Canarias quiso tener «experiencia» del árbol que llamaban drago (29). A la información que proporciona al respecto une también la relativa a la forma en que allí tenían de recoger agua, las características de la gente de la isla de Hierro, así como sobre su alimentación y aspectos de su medicina.

De Santo Domingo apunta el hecho de la gran cantidad de morbo gálico (en realidad de bubas) que había en aquella zona así como de la influencia que pudieran tener los hábitos alimenticios, el clima y medio ambiente, y la forma de vida.

De su viaje a Honduras en barco, nos cuenta la noticia de una epidemia de «chapetonada» que sufrieron a bordo, en la que murieron setenta de los setenta y siete personas que iban a bordo.

Su estancia en Guatemala fue algo más larga (cuatro años). De allí nos describe los hábitos alimenticios, la senectud de los indígenas así como las enfermedades más corrientes.

(28) DAZA CHACÓN, nota 10, pp. 464-466.

(29) ARIAS DE BENAVIDES, nota 14, 56r-57v.

Marchó más tarde a México. Fue después de que lo hicieran lo que Somolinos (30) llama «dos generaciones de médicos cirujanos»; primero el constituido por hombres que alternaron la espada con el bisturí y, después, apenas terminado el sitio y la toma de Tenochtitlán, el que formaban los que habían recibido algún tipo de formación y contaban con práctica. Entonces, la medicina indígena todavía mantenía su esplendor y servía a aquellos que no podían esperar que el sistema médico europeo estuviera plenamente establecido.

De México nos narra las enfermedades más comunes que padecían sus habitantes refiriéndose a las cámaras, rótulo bajo el que pueden incluirse varios trastornos de tipo disgestivo. Apunta también las dificultades que tenían para conseguir medicamentos. Él era partidario de disponer de productos frescos procedentes de plantas autóctonas o elaborados allí, ya que los que mandaban de Europa solían estar pasados, adulterados y eran, por tanto, ineficaces. Dice que a pesar del empleo de productos conocidos por ellos en Europa, se veían obligados a modificar dosis y pautas curativas para adaptarse a las características de las nuevas tierras. Proporciona también noticias sobre la aclimatación de productos orientales, como el ruibarbo y el jengibre.

Algunos fragmentos están consagrados a lo que podríamos llamar «aspectos de la vida cotidiana». Describe bromas y engaños corrientes dirigidos a los médicos y cirujanos recién llegados por parte de los residentes de cierto tiempo. Con ello quiere ilustrar que los de allí preferían a médicos experimentados más que a los que acababan de llegar. Este tipo de comportamiento también era frecuente entre «caballeros» y «médicos», y «caballeros» y «frailes», cuyas relaciones no fueron todo lo buenas que cabría esperar, según Arias.

Aunque dispersa, la obra de Benavides también contiene mucha información sobre los indígenas: admiraba su senectud; comenta costumbres tan contrarias a las europeas como que se lavaran el pelo con agua fría, que se curaran las heridas con sal y tierra, que las recién paridas llevaran a sus hijos al río, o que tomaran baños de agua caliente

(30) SOMOLINOS D'ARDOIS, Germán. *Capítulos de historia médica mexicana II. El fenómeno de fusión cultural y su trascendencia médica*, México, Editorial Nacional, 1979.

y fría; el hábito de purgarse con avellanas purgativas; de su humildad y de su carácter sumiso, que relaciona con la facilidad con la que algunos españoles les sometieron (31); su forma de huir o defenderse de las fieras. Es de destacar el hecho de que no tuviera inconveniente en conocer e imitar sus curas. Mientras estaba en México conoció a un indio que tenía una «cura muy secreta» y al que se le pagaba tan bien como a un médico. A través de su hija pudo comprobar la manera de confeccionar la fórmula que había averiguado por otros medios: «...y cotejando lo uno con lo otro, vi que era verdad, y yo curé después algunos en las Indias de esta suerte, y se hallaron muy bien con la cura...» (32). Señala, además —lo que añade tintes de verosimilitud a la historia— que este indio fue el que curó a don Antonio de Mendoza cuando ya los médicos no tenían ningún remedio para sanarle (33).

Como afirma Somolinos (34), lo que comenzó como guerra y conquista se convirtió en un proceso de convivencia, no siempre armónica, donde cada una de las raíces originales trató de mantener sus principios. La realidad indígena y la hispánica, aunadas pero también muchas veces en conflicto, habrían de mantener diversas maneras de vigencia (35). Esto nos puede ayudar a comprender mejor el proceso de adaptación médica y la fusión que ambas prácticas de curar necesitaron establecer para perpetuarse. La evolución de la medicina mexicana siguió un proceso paralelo al de la ideología cultural que se desarrolló en el país. Estuvo sometida a las mismas influencias que el resto de las manifestaciones intelectuales y los hombres que habrían de practicarla sintieron sobre sí el peso de ambas tradiciones que condicionaban su conducta (36).

Secretos de cirugía contiene, asimismo, la descripción detallada de «casos clínicos» reales. Destaca las operaciones llevadas a cabo a un

(31) ARIAS DE BENAVIDES, nota 14, 28r.

(32) ARIAS DE BENAVIDES, nota 14, 5 v.

(33) Suponemos que se refiere a la apoplejía que sufrió apenas llegó a México en 1535 cuando tenía alrededor de los cuarenta años de edad y, en su lugar, su hijo Francisco se hizo cargo temporalmente de las funciones de virrey.

(34) SOMOLINOS D'ARDOIS, nota 30.

(35) LEÓN PORTILLA, M., citado por SOMOLINOS, nota 30.

(36) SOMOLINOS D'ARDOIS, nota 30, p. 106.

curtidor que tenía la uretra obstruida y orinaba por unas fistulas que se le habían formado en la base del pene; la intervención a un sujeto que sufrió un traumatismo de cráneo tras una disputa durante unas oposiciones a la cátedra de cánones; la fractura craneal del hijo del caballero Obregón; por él nos enteramos de que cuando varios médicos o cirujanos habían visitado a un paciente, le correspondía al primero que lo había atendido seguir con el tratamiento del enfermo.

Mientras estuvo en México, Benavides siguió manteniendo estrechas relaciones con la orden de los dominicos. Él mismo nos dice que fue cirujano de su «Casa» hasta que regresó a España (37). Fueron los momentos de máxima expansión y actividad. Nos refiere la curación de una erisipela de fray Domingo de Gibraleón (38) y la amputación de una pierna a fray Domingo de la Concepción, provincial de los frailes de México.

Parece claro que uno de los motivos por los que un hombre como Arias de Benavides fue a las Indias Occidentales era el ansia de experiencia y de conocimiento de lo nuevo y, frente a lo que se suele opinar, creo que no mostró ninguna reticencia en asimilar algo ajeno a su sistema médico cuando podía comprobar que era eficaz.

La lectura de su libro, con una intención más etnográfica que médica, nos lleva a hacernos una idea más cabal de lo que debió ser la práctica quirúrgica en aquella época y lugar (39).

D. En los hospitales

Lamentablemente no hemos trabajado el libro de Hidalgo de Agüero que, sin duda, resultaría revelador en lo que se refiere a este epígrafe. No obstante, disponemos del testimonio de Arias de Benavides.

(37) ARIAS BENAVIDES, nota 14, 48r-48v.

(38) Municipio de la provincia de Huelva.

(39) Para un estudio detallado de la obra de Benavides, véase FRESQUET FEBRER, nota 8.

Según cuenta, estuvo al cargo de un hospital en México que se dedicaba a la curación del morbo gálico. Sabemos que en 1527 los regidores de la ciudad de Technotitlán ordenaron que se declarasen los casos de bubas (40). Debió ser en el Hospital del Amor de Dios, creado a instancias del arzobispo Zumárraga, bajo la advocación de los Santos Cosme y Damián y administrado por la iglesia. A pesar de que las curas mercuriales ya se habían implantado, fue Arias el que debió normalizar los tratamientos. Incluso, después de leer detenidamente la información que ofrece en su libro, debió suprimir los productos que eran habituales en Europa contra la sífilis como el guayaco. Ofrece información y tratamientos muy distintos del morbo gálico; algunos de clara procedencia indígena.

Arias dice que vio aplicar a un clérigo la primera unción de mercurio que se administró en Salamanca; fue en casa del licenciado Alonso de Ponte (41) y debió ser hacia 1535. Según su opinión era cosa muy nueva y muy poco practicada. Como hemos visto, siguió fiel a esta cura en vez de adherirse a la de los sudoríficos.

E. *Las relaciones entre cirujanos*

Los textos reflejan en ocasiones las diferencias que había entre las opiniones de los distintos cirujanos. Unas veces eran relativas a la fundamentación de los procedimientos quirúrgicos. La obra de Juan Calvo, por ejemplo, es un fiel reflejo de las diferencias que tenía con Fragozo en bastantes temas. Otras veces criticaban la forma de actuar de sus colegas. Daza se refiere a errores de bulto cometidos por médicos y cirujanos de cámara, como cuando algunos decidieron «dar lancetada» a una hemorroide que padecía don Juan de Austria, tras lo cual murió debido a la abundante hemorragia (42).

(40) Recogido en *CIRUGIA MEXICANA en los siglos XVI y XVII*, México-Nueva York, E. R. Squibb and sons, 1936, pp. 29-30.

(41) Hemos encontrado un Alonso de Ponte, bachiller artista, matriculado en medicina, 1546-1547, en: SANTANDER, Teresa. *Escolares médicos en Salamanca (Siglo XVI)*, Salamanca, Europa, 1984, p. 301.

(42) DAZA CHACÓN, nota 10, p. 451.

Podemos poner otro ejemplo tomado del propio Daza. Fue reclamádo éste para curar a doña María Leyte, de setenta y dos años, criadora de la princesa Juana, durante su estancia en Toledo tras la boda de Felipe con doña Isabel, en 1560. Intervinieron Juan de Almazán, médico de cámara, y el doctor Remires. Halló un apostema y ordenó una cura. Días después encontró durante una de las visitas a la enferma, al doctor Portugués, cirujano de su majestad, quien no parecía conforme con la cura que había realizado. Esto trajo algunos problemas con la princesa y fue la causa de que se abriera una pequeña investigación, en la que, finalmente, se le dio la razón a Daza (43).

6. EPIDEMIAS Y CASOS CLÍNICOS

Con relativa frecuencia, en las obras estudiadas, se mencionan epidemias. Por ejemplo, Fragoso habla de que: «El año mil quinientos ochenta y siete, habiendo muerto de viruelas en Madrid más de cinco mil criaturas por el Otoño, a algunas se les hacía de una viruela una llaga costrosa, negra, con muy profunda raíz, que algunos médicos llamaban carbuncos...» (44). En otro lugar se refiere a la peste de Burgos (45).

También se encuentran resúmenes de historias clínicas o de casos como los que hemos visto anteriormente. Por ejemplo, Fragoso relata el caso de un truchero que llegó a Madrid con una herida de abdomen de cuatro meses de evolución, que echaba por ella heces y «estiércol». Mereció la curiosidad de muchos médicos y cirujanos que fueron a ver al enfermo al Hospital de la Corte, aunque parece que poco pudieron hacer por él (46).

(43) DAZA CHACÓN, nota 10, pp. 327-328.

(44) FRAGOSO, nota 11, p. 215.

(45) FRAGOSO, nota 11, p. 217.

(46) FRAGOSO, nota 11, p. 362.

7. EL USO DE LA MATERIA MÉDICA

La información relativa a los medicamentos que utilizaban es bastante precisa. El *Antidotario* de Calvo, por ejemplo, es un fiel reflejo de los medicamentos que debieron usar buena parte de los cirujanos valencianos. Todos los productos que allí recoge son autóctonos o fáciles de conseguir y su número es relativamente pequeño. Incluso en ocasiones la redacción tiene verdaderos tintes de verosimilitud: «Este cáustico que se sigue es también bueno, y el que más se usa (y con feliz suceso) en esta Ciudad y Reino de Valencia, el que antiguamente solían usar los inventores de esta cura; hácese así...».

La obrita de Arias aborda también unos pocos productos que son, con toda probabilidad, los que conoció y utilizó. La descripción farmacognósica de los mismos es poco ortodoxa si se la compara con la de otros textos, como los de Fragoso o Monardes.

En las obras de Fragoso, en cambio, encontramos abundante información relativa a la materia médica. La erudición aquí se impone y en su *Antidotario*, libro de *simples* y *Discurso de las cosas aromáticas*, aborda el estudio de centenares de fármacos. Sin embargo, una lectura detenida nos permite hacer una separación bastante clara entre los que realmente empleó y conoció y aquéllos de los que tiene referencias indirectas. La que lleva por título *Naturaleza, calidades y grados de los medicamentos simples* (47), contiene un total de 544 productos tanto vegetales, como animales y minerales, o derivados de éstos, que ya estaban en uso desde hacía tiempo, así como los que recientemente se habían incorporado a la terapéutica procedentes de lugares exóticos tanto de Oriente como de Occidente. Los *Discursos de las cosas aromáticas, árboles y frutales... que se traen de la India Oriental*, se basa como hemos dicho, en la obra de Garcia da Orta en los productos que proceden de Oriente, y en la obra de Monardes en los productos procedentes de las Indias Occidentales. Este libro fue traducido al latín y publicado en Estrasburgo en dos ocasiones. De especial interés son sus descripciones acerca de cómo

(47) Hemos utilizado la edición de 1666 impresa en Madrid por los herederos de Pablo de Vals.

algunas de estas sustancias llegaban a España, las condiciones en las que lo hacían, las falsificaciones a las que eran sometidas e incluso sus precios. Cuenta, a veces, cómo fueron introducidas en nuestro país o cómo alguien las llevaba a la corte para que fueran conocidas o cultivadas en alguno de los jardines reales. Cuando tiene experiencia de ellas lo recalca igual que pone de manifiesto que lo que llama «testimonio de vista» está por encima de cualquier opinión. Así, al referirse al mechoacán dice:

«De cuya raíz hicimos ya experiencia este año, dando el polvo en la cantidad ordinaria a un criado nuestro, con que no solamente no purgó, pero tuvo muchas congojas y vascas, con otros accidentes malos: por donde parece haber ayudado poco al medicamento la disposición de este suelo» (48).

O, al hablar de la piedra bezoar, dice que preguntó sobre el tema al comendador Álvaro Méndez, aprovechando que se encontraba en la corte. Habiendo viajado a aquellas tierras, le dijo que estas piedras se sacaban muchas veces de los riñones de unas cabras que se criaban en Arabia. Opina, en contra de otros, que se ha de dar crédito a las personas que viven en las zonas donde se obtienen estas piedras y, sobre todo, a aquellos que las han visto. En el capítulo del ruibarbo señala que algunos dicen que se carcomía con tanta facilidad porque en Couchin los propios moradores lo cocían para purgarse; y añade: «pero no hemos visto quien lo haya certificado hasta ahora, como testigo de vista» (49).

También podemos encontrar información relativa a cómo se preparaban algunos productos con cierto detalle, como el caso del añil:

«...cogen la hoja de la hierba, y échanla a cozer en una caldera, después que está bien cocida, pasan a una tinaja, y bátenla con ciertas paletas, y déjanla reposar. Y aquel asiento de abajo, es el añil [sic], lo cual (sacada el agua con muy gran tiento) ponen al Sol para que se

(48) FRAGOSO, nota 11, 208v.

(49) FRAGOSO, nota 11, 197r.

enjogue, y poco a poco se vaya secando. Hacen lo mismo en panes pequeños, echándolo en unos moldes de barro; y es de mayor precio y estima lo que viene de Portugal hecho tabletas, porque se vende la libra a diez y seis reales; y de lo otro que viene en zurrone hecho terrón, por ocho y por seis» (50).

8. *ACTITUD HACIA LOS ASPECTOS MÁGICOS Y CREENCIALES*

A pesar de ser libros científicos, todos los textos de cirugía que hemos revisado contienen noticias sobre elementos empírico-creenciales. Unas veces se les cuelan en su discurso; otras los exponen con mucho escepticismo; y otras, los describen para criticarlos frontalmente. Veamos algunos ejemplos.

Daza, en uno de los capítulos dedicados a los lamparones, dice que:

«los Cristianísimos reyes de Francia, con sólo bendecirlos, y tocarlos con la mano (como lo hacen ciertas fiestas señaladas) sanan los lamparones; aunque yo he visto muchos que fueron allá desde estos reinos y de otros, y volvieron peores que fueron. También vi a muchos que sanaron» (51).

Fragoso narra una experiencia personal cuando en 1575 se encontraba en Francia:

«estando la Reina doña Isabel en Bayona en compañía de su madre y del rey Carlos IX. Su hermano el cual santiguó a muchos enfermos que aguardaban en el claustro de la Iglesia mayor a que se acabasen los Oficios Divinos, para recibir aquel beneficio; la cual ceremonia se hizo el día del Santísimo Sacramento, y de la santísima Trinidad, y de Juan, y de San Pedro, diciendo en sus lenguajes: El Rey te santigua y Dios te sana» (52).

(50) FRAGOSO, nota 11, 38v-39r.

(51) DAZA CHACÓN, nota 10, p. 245.

(52) FRAGOSO, nota 11, pp. 246-247.

Completa la noticia con otros casos de reyes que poseían este don y las opiniones de fray Alonso de la Veracruz. Se muestra muy incrédulo al respecto (53).

Daza da noticia de una práctica habitual en España, y es:

«que si una mujer pariere siete hijos arreo sin que intervenga hija, que el postrero tendrá esta misma gracia que los reyes de Francia. Y así en nuestro tiempo un zapatero de Madrid bendice los lamparones, y acude infinita gente, y con ser el séptimo ha sanado muchos de los que este mal han tenido, aunque otros (y no pocos) han quedado peores que antes» (54).

Interesantísimo es el capítulo que Fragoso dedica al ungüento para los niños oajados, en su *Antidotario*. Aunque ya hemos visto que es escéptico con estos temas, hace un largo acercamiento al mismo, dejando claro que:

«no sólo acerca del vulgo, pero entre gente muy curiosa y de escuelas, hay muchos debates, no tanto en si hay ojo mal (que los Latinos llaman *fascinatio*) cuanto en las causas, y modos de hacerse; y lo que más es después en conocerse y curarse» (55).

Actitudes parecidas adopta Fragoso en el estudio de productos procedentes de los reinos animal y mineral que se usaban para curar. Incluso nos proporciona noticias tan interesantes como esta: Los ricos se purgan dos veces al año (septiembre y marzo) y después toman durante unos días granos de piedra bezoar disueltos en agua rosada; esto —aquí Fragoso pone la afirmación en otros— «dicen conservar sus fuerzas y juventud».

Para ver si la piedra es buena o no, propone una prueba que es la que debían realizar en la época de Fragoso:

(53) FRAGOSO, nota 11, pp. 246-247.

(54) DAZA CHACÓN, nota 10, p. 245, al hablar de los lamparones.

(55) FRAGOSO, nota 11, p. 452.

«El modo más nuevo que se ha hallado para probar esta piedra es pasar una aguja enhilada por tosigo, que es la yerva de ballesteros. Luego atraviesan la aguja por el pie de un perro, dejando el hilo en la hincadura, y a la misma hora comienza a tener el perro los accidentes que sobrevienen a los que bebieron el tofigo, y como ven caer el perro por tierra, echanle en la boca el polvo de bezaar desatado en agua y se vuelve el animal sobre sí, tienen por buena a la piedra, y si no, por adulterina y sofisticada» (56).

Al hablar de las heridas —seguimos con Fragoso— dedica un epígrafe largo a tratar «¿Que se ha de sentir de los saludadores?». Ofrece opiniones diversas, como la del maestro Ciruelo, el doctor Martín Azpilicueta Navarro, fray Alonso de la Veracruz, etc.; unas a favor y otras en contra. Por su parte, él se declara escéptico, y atribuye las curaciones a la propia naturaleza (57).

Los capítulos consagrados a estudiar las verrugas son también propensos a incorporar elementos mágico-religiosos. Una buena cantidad de remedios de tipo mágico (todavía hoy en uso en la medicina popular) describe Fragoso acerca de su tratamiento. Estos secretos llegaron a circular entre la gente; por ejemplo, dice que un oidor de las Indias le enseñó una recopilación de secretos que había hecho un cardenal. «Enfademe tanto de la lectura, que no quise pasar adelante, por no topar con otros disparates» (58).

9. ASPECTOS DE TIPO ÉTICO

Finalmente, hemos encontrado también lo que hoy denominaríamos aspectos éticos del ejercicio de la profesión. Veamos unos ejemplos. Fragoso dedica un capítulo a hablar de «Si es lícito al médico, o cirujano, engañar al enfermo por su salud» (59). En resumen podemos

(56) FRAGOSO, nota 11, p. 190v.

(57) FRAGOSO, nota 11, pp. 98-101.

(58) FRAGOSO, nota 11, pp. 212-214.

(59) FRAGOSO, nota 11, pp. 255-257.

decir que Fragoso opta por tomar una decisión en función del caso concreto de que se trate, tanto de la enfermedad como del sujeto.

En otro capítulo reflexiona sobre si las heridas necesariamente mortales se han de tratar (60). Interesante resulta también, en el libro sexto de anatomía, de la misma obra, el epígrafe que dedica a la posibilidad del cambio de sexo, mencionando obras sobre el tema y casos reales sucedidos en Madrid (61):

«Aquí en Madrid se acuerdan muchos, que una monja de Santo Domingo, alzando un gran peso, se convirtió en hombre, y se llamó Rodrigo Montes, y recibió órdenes sacros, y fue después fraile. También afirman algunos que muchas veces ha hecho naturaleza una hembra, y lo ha sido algunos meses en el vientre de su madre, y sobreviniendo a los miembros genitales copia de calor, salir afuera, y quedar hecho hombre: lo cual se conoce después en ciertos movimientos que tienen indecentes, para varones, tienen la voz blanda y melosa, son inclinados a hacer obras mujeriles, y caen en el pecado nefando: y el por el contrario, tiene muchas veces naturaleza hecho un varón con sus genitales a fuera, y sobreviniendo frialdad, se le vuelve hacia adentro, y queda hecha hembra. Conócense después en tener el aire y meneos de varón, así en el habla como en todos los movimientos y otras» (62).

Por último, Fragoso también menciona en su libro la cuestión de que muchos enfermos preferían morir lentamente antes que padecer el dolor de una intervención (63), cosa que había que respetar, según él.

Con este trabajo hemos pretendido demostrar que los textos impresos de cirugía del siglo XVI y los que escribieron los cirujanos de esta época, contienen abundante información sobre la práctica médica y

(60) FRAGOSO, nota 11, pp. 268-269.

(61) FRAGOSO, nota 11, pp. 162-163. Especial interés puede tener la lectura del libro de VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco; MORENO MENGÍBAR, Andrés, *Sexo y razón: una genealogía de la moral sexual en España (Siglos XVI-XX)*, Madrid, Akal, 1997.

(62) FRAGOSO, nota 11, p. 162.

(63) FRAGOSO, nota 11, pp. 227-228, «Si está obligado el enfermo a dejarse cortar un miembro por escapar la vida».

quirúrgica en sentido amplio. Aunque sus autores sólo representan una ínfima parte de los que ejercieron la cirugía, no se les puede ignorar. Hay que considerarlos como una pieza del complejo rompecabezas que fue la práctica médico-quirúrgica de la época, cuyo estudio debería completarse en el futuro con otras fuentes.